

***Solemnidad. Epifanía del Señor.
Ni reyes ni magos, sino entusiastas del niño***

Muchos niños se han despertado esta mañana con la ilusión de encontrar algún regalo de parte de los Reyes Magos por haberse portado bien durante este año. Hay tanto bueno en todos nuestros niños que estoy seguro de que todos han recibido algo. Pero sugiero a los padres que expliquen a los niños el sentido de esta fiesta para que comprendan bien su origen y su verdad más profunda. El origen de todo es un relato maravilloso, el cuento más auténtico de la verdadera navidad. Pueden leerlo en el evangelio de Mateo 2,1-12, que, en resumen, narra que Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes y unos sabios llegaron desde Oriente para adorarlo. Éstos pasaron por donde estaba Herodes, el cual, al enterarse de que allí iba a nacer el Mesías mostró también su interés para verlo y, según decía, quería adorarlo. Una estrella iba guiando a los sabios hasta que se paró encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de una gran alegría. Y entrando en la casa vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron, y abriendo sus cofres le ofrecieron regalos, oro, incienso y mirra. Pero fueron avisados en sueños de no regresar donde Herodes y se marcharon por otro camino a su tierra.

Con el tiempo esa narración evangélica se fue enriqueciendo y adornando con muchos otros elementos que no siempre ayudan a entender el sentido originario. De los sabios o magos se piensa desde el siglo II que eran tres, a juzgar por los tres regalos que le ofrecen al niño; se les puso nombre regio en el siglo VI y San Beda (s. VIII) los consideraba representantes de Europa, Asia y África. De ahí los distintos colores de su piel. Pero lo importante es que aquellos sabios, que no eran ni reyes ni magos, representaban a los pueblos gentiles de toda la tierra. Por eso el mensaje central del evangelio de este día de la Epifanía del Señor es que la luz de la estrella aparecida en Navidad es el niño Jesús, el Dios que salva a la humanidad entera, y cuya salvación se anuncia a todas las gentes. Los sabios (astrólogos) supieron interpretar las señales estelares para llegar hasta Dios niño y rendirle con humildad el homenaje merecido. Al adorar al niño, llenos de alegría, se convirtieron en testigos entusiastas de Jesús.

Aquellos sabios de Oriente, como los pastores de Belén, estaban atentos a las señales de Dios en medio del mundo, por eso percibieron su presencia. Como ellos, también hoy, podemos orientar nuestra mirada al niño. Al niño Jesús y, con él, a todos los niños que sufren. A los niños perseguidos, maltratados, explotados. A los niños enfermos, abandonados y excluidos. Se cuentan por millones los niños hambrientos y víctimas de la injusticia estructural del mundo presente, causante de la extrema pobreza de la tercera parte de la humanidad. La salvación de esta tierra no llega ni con la magia de los reyes del celofán ni con los intereses de tanto Herodes que anda suelto, sino con el misterio de Jesús niño y la acción amorosa y servicial de los hombres y mujeres que se ponen en marcha ante las señales del mundo o del cielo para ir a la casa donde está el niño y ofrecerle los dones para una vida digna. No importa en qué parte del mundo se encuentren esos niños, pues toda la tierra se puede convertir en un Belén, en una casa del pan (es lo que

significa Bet-lehem). Hoy quiero destacar la humildad, la solidaridad y la gratuidad de la que dan testimonio a favor de los últimos, los misioneros y misioneras cristianos y los miles de cooperantes que percibiendo las señales de los tiempos, se entregan a la causa de los niños pobres, repitiendo la escena evangélica de los sabios de Oriente.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura